Honrar padre y madre

6

DICCIONARIO DE IDEAS AFIN

Y

ELEMENTOS DE TECNOLOGIA

COMPUESTO

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATO

bajo la dirección de

D. EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Cuaderno 45—2 reales

(Contiene los pliegos 134 á 136)

ADMINISTRACION

CALLE DE DON MARTÍN, 13

TELÉFONO NÚMERO 3.007

MADRID

HONRAR PADRE Y MADRE.

HONRAR

PADRE Y MADRE,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JUAN JOSÉ HERRANZ.

Estrenada con extraordinario aplauso en el teatro Español el dia 9 de Enero de 1873.

MADRID.
IMP. DEL INDICADOR DE LOS CAMINOS DE HIERRO
Costanilla de los Angeles, 3.

1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
TERESA	SRA. LA MADRID.
DOLORES	STA. BOLDUN.
JUAN	SR. VICO.
LUIS	ZAMORA.
ANTONIO	MORALES.
EUGENIO	MAZA.
UN CRIADO	LOPEZ.

A LOS SEÑORES

DON FRANCISCO SILVELA Y DON SANTIAGO DE LINIERS.

Les dedica esta comedia su verdadero amigo

EL AUTOR.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de confianza amueblada elegantemente; hay un balcon y tres puertas; una de estas, que se supone conduce á los salones donde el baile se verifica, debe hallarse á la derecha del actor y ser de mayores dimensiones que las otras dos: á un lado de la escena se vé un velador con libros y periódicos; sobre la chimenea hay un reló; es de noche y la habitacion está muy bien iluminada por bujías.

ESCENA PRIMERA.

JUAN y LUIS.

JUAN. ¿Habrás visto en el salon
las gentes más elegantes
de Madrid?

LUIS. Si: decir puedo
que he visto lujosos trajes;
mas respecto á las personas
como no conozco á nadie...

JUAN. Ya las conocerás: ese
es el objeto del baile;
que hagais la entrada en el mundo
Dolores y tú.

LUIS. Mi madre

me ha dicho ya tantos nombres
como tiene el almanaque.

JUAN. Yo espero que todavía
vengan más gentes.

LUIS. Es tarde.

JUAN. Eso no importa: en Madrid,
las personas más notables,
hasta que el dia despierta
no acostumbran á acostarse.
Aun esta noche presumo
que vendrá un hombre importante
á tu casa.

LUIS: No madruga.

JUAN. Me dijo que aunque tardase
le esperara, para hablar
de un asunto interesante
para tí.

LUIS. ¿De qué se trata?

JUAN. Se trata de colocarte
en Madrid. ¿Qué te parece
este proyecto?

LUIS. Me place.
¿Se conseguirá?

JUAN. Así creo.

LUIS. Desde luego hay que fijarse
en que he servido seis años,
con sueldo insignificante,
en distintas embajadas.

JUAN. Nada tienes que indicarme;
el favor está pedido
y es á lo ménos probable
que tu jefe en este caso
procurará contentarme.

ESCENA II.

JUAN, LUIS y TERESA.

LUIS. (A Teresa.) Nuestros planes son muy buenos

TERESA. Yo no conozco los planes.

JUAN. Ella me inició la idea

muchísimo tiempo ántes
de tu regreso.

TERESA. Comprendo
que hablas de que te trasladen
á Madrid.

LUIS. Sí.

TERESA. Yo temia
que pudiera disgustarte
mi pensamiento.

LUIS. Hasta en broma
me desagrada esa frase:
nunca hay disgustos al lado
de usted, que es tan tierna madre,
de mí abuela que es tan buena,
de mí hermana que es un ángel,
y de Juan, que para mí
ha sido un segundo padre.
Harto siento haber estado
por tanto tiempo distante
de ustedes.

TERESA. Era preciso
que de este modo empezases
la carrera.

LUIS. Pero ahora
me quedo aunque ustedes manden
lo contrario.

TERESA. ¿Conque estás
decidido á sublevarte?

LUIS. Atenderá usted mis ruegos.

JUAN. No cedas Luis, ten carácter.

LUIS. Cualquiera dirá al mirarnos,
sin que razones le falten,
que tenemos la armonía
de las óperas de Wagner:
ustedes viven aquí
en América mi padre
y yo recorriendo córtes
de aspirante á personaje.

TERESA. Te quedarás con nosotros

JUAN. Ya no vivirás errante.

LUIS. No basta esa concesion;
pretendo ensanchar mis planes:
á mi padre escribir pienso
muy en breve, noticiándole
que realicé con fortuna
el anunciado viaje,
que estamos todos unidos
y esperamos anhelantes
que abandone por completo
sus negocios comerciales,
y apresure cuanto pueda
el que sus hijos le abracen;
que tenemos pingües rentas
y vivimos como grandes
de España, sin que él trafique
con géneros coloniales.

JUAN. No consigues convencerle.

LUIS. ¿No he de lograr yo sacarle
de allí, si le ruego mucho?

TERESA. No estará demás que trates
de conseguir...

LUIS. Vaya, ustedes
no le conocen bastante;
con poco que se le diga
pienso que lia el petate
y se viene.

JUAN. No lo esperes.

LUIS. Ya veremos. ¿Cuándo sale
el correo para América?

JUAN. El veinticinco

LUIS. ¿Sí? El martes.

JUAN. Hoy se ha recibido.

TERESA. Ha escrito.

JUAN. ¿Qué dice?

TERESA. Nada importante.

LUIS. Con que, quedo en el encargo
de convencer á mi padre.

(Se va por la puerta derecha.)

ESCENA III.

JUAN y TERESA

TERESA. Dejarle los dos debemos
que alimente su ilusion.
JUAN. ¡Dice con tal conviccion
qua á Diego no conocemos!
TERESA. Su comportamiento estraña,
y es natural, pues no sabe
que es un asunto muy grave
el que le aleja de España.
¿Quién le dice? «Tú eras niño,
y el hombre que te dió el sér
dejó pobre á su mujer
y renunció á tu cariño.»
JUAN. Fuera amargar su existencia.
TERESA. No acierto por qué razon
si hiciera esta confesion
me pesara en la conciencia.
JUAN. Se comprende, si se mira
el móvil de tus acciones,
que en algunas ocasiones
no es pecado la mentira.
TERESA. Tan sólo les dejó ver
que, al abandonar su cuna,
buscó Diego una fortuna
que poderles ofrecer;
y que con los ojos fijos
en esta ilusion querida,
espuso noble su vida
por el amor de sus hijos.
JUAN. Y ellos que juzgan verdad
todo lo que tú les mientes,
le adoran.
TERESA. ¿Y tú lo sientes?
JUAN. Es una debilidad:
pero al mirar sus desvelos
sin que la razon nos venza,

lo confieso con vergüenza,
siento en el alma los celos.

TERESA. Son celos estraños.

JUAN. Sí:
yo me reprendo... me riño...
mas pienso que ese cariño
pudiera cifrarlo en mí.

TERESA. ¿Que te quieren dudarás?

JUAN. No; yo su cariño veo,
mas soy ambicioso y creo
que pueden quererme más.
He llegado á comprender
que cuando el pelo encanece,
y ya al hombre no enloquece
el amor de la mujer,
vá buscando la inocencia
para darle proteccion;
contempla en su corazon
el luto de la experiencia,
y anhela prestar consejos,
hijos tal vez de la calma,
y yo siento ya en el alma
la experiencia de los viejos.

TERESA. En mis hijos has hallado
un afecto decidido.

JUAN. Dudarlo nunca he podido,
pero es un amor prestado.

TERESA. No; que tú tienes derecho
su cariño á reclamar.
¿Cuándo te podrán pagar
todo el bien que les has hecho?

JUAN. Cumplí un deber y lo citas...

TERESA. No me avengo á tus razones.

JUAN. ¡Qué! ¿No hay más obligaciones
que aquellas que están escritas!
Mirando mi situacion
que pude eximirme infieres,
mas yo en cuestion de deberes
solo escucho al corazon.

TERESA. ¡Ay, Juan! ¡Cuánto beneficio

debo á tu afecto fecundo!

JUAN. Cállate... (¡Y en tanto el mundo
juzga mi virtud un vicio!)

TERESA. De dichas nos ha colmado
tu corazon bondadoso.

JUAN. ¡Bah!... la carta de tu esposo
¿qué dice? No hemos hablado...

TERESA. Me da cuenta, con prolijos
detalles, de su existencia,
y habla con gran insistencia
del cariño hácia sus hijos.

JUAN. Lo contrario ha demostrado.

TERESA. ¿Juzgás que no puede amar?

JUAN. El no debiera nombrar
ese afecto delicado.

TERESA. Dice que el pesar que hoy tiene
su pasado purifica.

JUAN. ¿De venir nada te indica?

TERESA. Ni una palabra.

JUAN. No viene.

TERESA. No opino lo mismo.

JUAN. ¿No?
Yo sé muy bien que no pasa
los umbrales de esta casa
mientras que no muera yo.
El que sabe la verdad
de todo, ve en mí su juez,
y respeta mi honradez,
y teme mi autoridad;
pues por tanto y tanto yerro
como él cometió contigo
le impuse el duro castigo
de su constante destierro.

TERESA. No vendrá, pero le pesa.

JUAN. ¿Habla más?

TERESA. Mi amor suplica,
y se me olvidaba, indica
que nos guarda una sorpresa.

JUAN. ¿Y nada sobre ella advierte?

TERESA. Será algo que nos regala,

JUAN. (Viendo entrar á Dolores por la puerta de la derecha.)
¡Hola! ¡Tú por esta sala!
¿El baile no te divierte?

ESCENA IV.

TERESA, JUAN y DOLORES.

DOLOR. Vengo porque he conocido
que las gentes se han fijado
en que mamá ha abandonado
el salon...

TERESA. ¡Calla! ¡Has venido
á avisarme!

DOLOR. Es la verdad.

JUAN. Tú te apuras al instante;
no sabes lo tolerante
que es la buena sociedad,
sobre todo cuando ve
que hay graves ocupaciones,
como son dar instrucciones
para servir un *buffet*.
Esto se ocurre á cualquiera
inteligencia, aunque tarda,
y el estómago que aguarda
siempre una falta tolera.

DOLOR. Al hablar así me fundo
en las lecciones...

JUAN. No atinas.
¿Qué entienden las Ursulinas
de lo que pasa en el mundo?

TERESA. Me marcharé como quieres.

DOLOR. Yo por el bien parecer...

JUAN. Debe usted obedecer.

TERESA. Voy á llenar mis deberes.
(Sale de escena por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

DOLORES y JUAN.

JUAN. ¡Estás muy guapa!

DOLOR. Ya es vicio

en usted el ser galante.

JUAN. De esta hecha el representante
de la nacion pierde el juicio.

DOLOR. ¿Empieza usted con sus bromas?

JUAN. Yo me permito gastarlas
porque te agrada escucharlas
áun cuando en sério las tomas.
Ve que no soy sospechoso,
puesto que le he presentado:
¡era triste! ¡un diputado
en la esquina haciendo el oso!

DOLOR. Vaya que es usted capaz
de burlarse de su sombra.

JUAN. ¡Qué! ¿Mi conducta te asombra?
No te he de dejar en paz
hasta ver si de algun modo
logro que hables francamente.
Yo seré buen confidente.

DOLOR. Usted ya lo sabe todo,
y es un extraño capricho
querer verme colorada.

JUAN. Auténtico no sé nada,
porque tú nada me has dicho;
mas quien os observe atento
ha de notar que os quereis.
Dime, Dolores: ¿habeis
suprimido el tratamiento?

DOLOR. ¡Qué locura!

JUAN. ¿Tú la ves?

DOLOR. Sí, señor; y no pequeña.
Usted por lo ménos sueña.
¡Cuando no hace más que un mes
que le trato!

JUAN. Me da risa...
¡Cuánto efecto te ha causado!

DOLOR. Me choca que en lo pasado
se viviera tan de prisa.

JUAN. ¡Hola! ¡Ya me llamas viejo!
Es una venganza horrenda.

DOLOR. No espero que usted se ofenda

pues no hay motivo.

JUAN. Lo dejo
aunque existe.

DOLOR. Es muy extraño
que usted tenga esa manía
siendo jóven.

JUAN. Todavía
podré tirar algun año.

DOLOR. Cierto que en comparacion
nuestras edades...

JUAN. Me asusta
el pensarlo. ¿A tí te gusta
más esta conversacion?
A mí no; pues de ella saco
un humor siempre tan negro...

DOLOR. ¿Con que sí? ¡Cuánto me alegro
de haberle encontrado el flaco!
Si usted se atreve otra vez
á embromarme, con motivo
ó sin él, yo le recibo
hablando de la vejez.

JUAN. Vas á obligarme á que riña,
áun cuando no me acomoda...
Dí, ¿cuándo será la boda?

DOLOR. Ya vé usted, ¡si soy tan niña!...

JUAN. Vamos, hazme la merced
de contestar cual conviene.
(Viendo llegar á Eugenio por la puerta de la derecha.
¿Conoces á ese que viene?

DOLOR A ver si se calla usted.

ESCENA VI.

DOLORES, JUAN y EUGENIO.

JUAN. Apruebo en usted la idea
de venir aquí.

EUGEN. Me agrada
tambien haberla tenido:
en verdad que no esperaba

este encuentro afortunado;
pero sintiera en el alma
interrumpir.

JUAN. Seguiremos.

DOLOR. No; no hablábamos de nada...

EUGEN. Dispénseme usted Dolores,
mas su negativa extraña
me hace pensar...

DOLOR. No hay motivo.

EUGEN. Ya entiendo; se murmuraba.

DOLOR. No lo tengo por costumbre.

JUAN. Además es de la casa,
y por lo tanto le toca
esta vez ser *murmurada*.

EUGEN. Sin duda se vino usted
para hacer sentir su falta.

DOLOR. No tengo tal presuncion.

EUGEN. Al ménos yo la notaba.

DOLOR. A no temer desmentirle,
francamente, lo dudara.

EUGEN. Es usted bastante incrédula.

JUAN. Tiene más fé que una santa.

DOLOR. Pero usted lo sabe todo.

JUAN. Algo.

DOLOR. Hasta luego.

JUAN. ¿Te marchas?

DOLOR. Sí, señor. Ya ajustaremos
unas cuentas.

JUAN. ¿Quién las paga?

DOLOR. ¿No lo sabe usted? Pues yo
sé que me toca cobrarlas.

ETGEN. ¿Recuerda usted una deuda
ahora que de deudas trata?
ebe usted unos lanceros.

DOLOR. Cumpliré á usted mi palabra.

EUGEN. ¿En los primeros que toquen?

DOLOR. Con mucho gusto.

EUGEN. Mil gracias.

(Cuando va á salir Dolores por la puerta que da á los salones entra Antonio.)

ESCENA VII.

DOLORES, JUAN, EUGENIO y ANTONIO.

ANT. ¿Se marcha usted porque vengo?
DOLOR. No, señor; ya me marchaba
antes de verle.
AMT. ¿Y habrá
quien dude de mi desgracia?
¡Hola! amigo Maldonado.

ESCENA VIII.

JUAN, EUGENIO y ANTONIO.

EUGEN. ¿Qué tal?
ANT. Padre de la pátria,
á mí no me vá tan bien
como á tí; pero se pasa.
EUGEN. Usted gasta bien el tiempo
ANT. Usía no lo malgasta.
EUGEN. Dispénsame; distraido
he cometido una falta,
hablarte de usted; yo tengo
una memoria tan mala...
ANT. Como no nos hemos visto
hace tiempo, no me extraña.
JUAN. ¿Conque ustedes se conocen
de antiguo, segun las trazas?
ANT. Sí, señor; seguimos juntos
la carrera que en España
siguen todos los que quieren
ó ser mucho ó no ser nada.
EUGEN. Vega, ¿has abiérto despacho?
ANT. Lo abre todas las mañanas
mi criado, para limpiar
el polvo y las telarañas.
EUGEN. Pues yo pienso abrir bufete.
JUAN. Abrigue usted esperanzas

de encontrar negocios.

ANT. Mira;
tienes una circunstancia
que supone, por lo ménos,
la mitad de la jornada:
aquí, para un abogado,
un distrito es una ganga.

EUGEN. Yo quiero probar fortuna.

JUAN. Nunca vence quien desmaya;
usted es independiente.
tiene buen talento, y habla
en las Córtes, de manera
que adquirirá pronto fama.

ANT. He tenido al encontrarte
una sorpresa tan grata....

EUGEN. Y yo tambien.

ANT. Hace un rato
te ví; pero te encontrabas
ocupado, y no advertiste
que nadie te saludara.

EUGEN. Dispensa.

ANT. Yo estaba lejos;
tú con Dolores hablabas,
en lo cual te alabo el gusto:
es una chica muy guapa.

EUGEN. ¡Es tan sencilla y tan buena!

JUAN. Dolores es un alhaja:
¡si viera usted cómo mima
á su abuela! ¡pobre anciana!

ANT. Una señora que vive
en esta casa inmediata.
(Señala hácia la izquierda.)

JUAN. Y Dolores entra y sale
tantas veces en su estancia,
que á no dudarlo, la puerta
que comunica ambas casas
necesita que le pongan
unos goznes por semana.

ANT. Y el hermano, ¿es tan simpático
como ella?

JUAN. ¿Usted no le trata?
ANT. Ni de vista le conozco.
EUGEN. Me parece cosa rara.
ANT. Como hace poco ha venido
de París.
JUAN. Sí: no me extraña...
le presentaré á usted luego;
en este momento se halla
por allá fuera.
ANT. Parece
que él y yo de sala en sala
jugamos al escondite:
al saludar á su hermana
y al saludar á Teresa
rogué que me presentaran,
y ocurrió lo que ahora ocurre,
no estaba, y quedó aplazada
la presentacion.
JUAN. Pues, Vega,
me encargo de realizarla.
Hasta luego; dejo á ustedes
para que hablen á sus anchas,
y recuerden sin testigos
todas las calaveradas
de muchachos.
EUGEN. ¿Sí? Las mias
tienen muy poca importancia.

ESCENA IX.

EUGENIO Y ANTONIO.

ANT. Dime, ¿qué tal has pasado
en este tiempo la vida?
EUGEN. Mi vida es algo aburrida.
ANT. ¿Cómo es eso? ¡te has casado!
EUGEN. Ni se aburre quien se casa,
ni yo estoy en ese caso.
ANT. Que chico, ¿podrás acaso
decirme lo que te pasa?

EUGEN. Que vas á burlarte opino:
me exige mi corazon
que arregle mi posicion.

ANT. Estás en muy buen camino.
Dime á propósito, ¿sabes
si hay algo de nuevo?

EUGEN. Nada:
aunque la gente avanzada
anuncia sucesos graves.

ANT. ¿Pero en ellos no me inicias?

EUGEN. Se abrigan planes funestos.

ANT. Miremos qué dicen estos
periódicos de noticias.

EUGEN. Los he visto y no contienen
una sola novedad:
con chismes de vecindad
como siempre, se entretienen,

ANT. (Ha cojido un periódico de encima de la mesa y lee en voz alta lo que indica el diálogo.
«El señor don Juan Castaños
ha salido para Archena.»
Pues que vaya enhorabuena
y le sienten bien los baños.
«La señora de Mendoza
ha dado un baile...» Asistí,
y á fé que me divertí.

EUGEN. Eres el hombre que goza
más en Madrid

ANT. Si tú quieres
yo te llevaré.

EUGEN. Lo siento,
pero yo no me contento
con tan fáciles placeres.

ANT. Yo la utilidad no veo
de esta noticia

EUGEN. ¿Cuál?

ANT. «Lista
de los pasajeros...»

EUGEN. Vista.

ANT. «que ha traido el vapor-correo

de la Habana.»

EUGEN. ¡Qué chubasco
de nombres grandes y chicos!

ANT. Todos estos vendrán ricos
si no se han llevado chasco.
«Don Pedro Antonio Senante,
don Juan Martinez Amor.»
Este es un gobernador
que al llegar se halló cesante.
«¡Don Diego Benitez Mesa!»

EUGEN. Haces gestos tan atroces...

ANT. ¿Pero tú no le conoces?
El marido de Teresa.

EUGEN. En vez de asustarte tanto,
que me describas espero
qué tiene ese caballero
para producir espanto.

ANT. ¿Ignoras lo que aquí pasa,
ó pretendes embromarme?

EUGEN. Vega, si quieres contarme
lo que sepas de esta casa
lo agradeceré.

ANT. Es chocante
que hasta ahora no hayas sabido...

EUGEN. Antonio, yo nunca he sido
en Madrid más que estudiante.

ANT. Por eso no sabes nada.
¿Pero quién te ha presentado
á Teresa?

EUGEN. Mendez Prado.

ANT. Es la parte interesada.

EUGEN. Que responda tu memoria
al afan con que te escucho.

ANT. Que te importe poco ó mucho,
así refieren la historia.
Teresa Aldaz era chica,
hace ya bastantes años,
á quien amigos y estraños
llamaban hermosa y rica.
Benitez era un soltero

compuesto y almibarado,
con humos de potentado
y rentas de pordiosero;
él formuló su exigencia,
que disfrazó de seguro,
que ella buscaba amor puro
y él buscaba pura herencia.
La madre de ella á esta union
se opuso con gran cordura,
pero es el caso que el cura
les echó la bendicion.
En cuanto se vió consorte
Benitez de tantos bienes,
montó los mejores trenes
que han cruzado por la córte;
sin ver el próximo trueno
dió reuniones, dió comidas,
y mantuvo buscavidas
con el capital ajeno.

EUGEN. Eso es indigno.

ANT. Notando
que empezaba á resentirse
su casa, fué á resarcirse;
y ¿cómo dirás? jugando.
Sin duda anhelaba, ciego,
del vicio alcanzar la palma
y se entregó en cuerpo y alma
á los martirios del juego:
su mujer, que le queria,
le señaló el precipicio;
y entonces tomó otro vicio.

EUGEN. ¿Cuál?

ANT. El de la hipocresía.
Ya no reveló el estado
en que andaban los negocios,
y para matar sus ócios
tomó dinero prestado.
Siempre con el buen propósito
de resarcirse despues,
firmó letras, pagarés,

escrituras de depósito...
Siguió, en fin, por los senderos
que marcan en casos tales
esos *pobres industriales*
que se llaman usureros.
El momento llegó al cabo
en que perdido su crédito,
ni con el más alto rédito
le daba nadie un ochavo,
y al ver su fama perdida
y al notar su situacion
no halló en la imaginacion
más recurso que la huida.
A los Estados-Unidos
se fué sin ver sus deberes,
abandonando á dos séres
en tan mal hora nacidos.

EUGEN. ¡Triste historia!

ANT. Lo concedo,
pero préstame atencion.

EUGEN. ¿Aun falta?

ANT. Es la exposicion;
ahora prosigue el *enredo*.
Tu amigo Mendez, que es largo,
y bien sus acciones pesa,
resultó para Teresa
un hombre que ni de encargo:
la amparó en su soledad,
aunque nadie sospechaba
que con ella le ligaba
ningun lazo de amistad.
Con instintos protectores
é inteligencia no escasa,
dirigió muy bien la casa
y pagó á los acreedores;
dió educacion á los chicos,
introdujo economías,
y como tú ya sabrias
viven sin deudas y ricos.

EUGEN. Mendez merece respeto.

ANT. No, no veneres su nombre;
al fin y al cabo es un hombre
como todos, incompleto.
Dicen que de sus servicios
supo cobrar la revancha,
cubriendo con una mancha
todos estos beneficios.
Busca el progreso constante
el hombre...

EUGEN. ¿Y tiene que ver?

ANT. En la amistad con mujer
el progreso es ser amante.

EUGEN. Eres atroz.

ANT. (Sonriendo.) Yo me ciño
á repetir con profundo
pesar, lo que dice el mundo:
y es natural; el cariño
es escala á veces mala
por donde las almas van.

EUGEN. ¿Y ellos?

ANT. Se dice que están
en el final de la escala.

EUGEN. Es triste.

ANT. Temo que llores.

EUGEN. Me has hecho un daño tremendo.

ANT. Vamos, ya te irás haciendo
á saber cosas mayores.
Me marcho á ver si con maña
logro que llegue al oido
de Teresa, que el marido
va á presentarse en campaña.
Será cómica en verdad
la cara de los pacientes.

ESCENA X.

EUGENIO.

¡A esto le llaman las gentes
un hombre de sociedad!
¡Ah! me ha herido en mis amores

de una manera indirecta;
si su relato me afecta
es porque quiero á Dolores.
(Pausa.)
Aunque pese á la amistad,
una duda se me ofrece:
la calumnia se parece
muchísimo á la verdad.
Hay que proceder con calma:
veremos... ya no soy niño,
y dominaré el cariño
aun cuando le duela al alma.

ESCENA XI.

EUGENIO, TERESA y LUIS.

LUIS. ¡Usted aquí, Maldonado!
TERESA. No le gustará cansarse
bailando, y prefiere estarse
en un sitio retirado.
EUGEN. El arte de los boleros
no hace la ventura mia...
y ahora recuerdo, tenia
que bailar unos lanceros.
Me olvidé.
LUIS. Para mí es
tambien una penitencia
el poner la inteligencia
al servicio de los piés.
TERESA. Con mucha razon ó poca
contra el baile se habla en vano,
pues baila el género humano
siempre al son que se le toca.
EUGEN. Dígalo la animacion
que reina en esos salones.
TERESA. No tiene esto pretensiones
de baile; doy la reunion
por mis hijos solamente;
reunion franca y amistosa:
no fuera cuerdo otra cosa

estando mi esposo ausente.

EUGEN. (Ahora veré si me engaña
Vega.)

TERESA. Ese objeto he tenido.

EUGEN. Mas, señora, su marido
de usted se encuentra en España.

TERESA. ¡En España!

EUGEN. (Todo es cierto.)

LUIS. Ya la sorpresa se explica
que en su carta nos indica.
No sé si sueño despierto.

TERESA. (¡Dios mio! ¿Será verdad?)

EUGEN. ¿Qué le extraña á usted, señora?

TERESA. ¿A mí?... Nada.

LUIS. (Aparte á Teresa.) ¡Pero llora
usted!

TERESA. (A Luis.) De felicidad
Despues de tan larga ausencia
en mí tal fortuna cabe...
¿Usted de cierto lo sabe?

EUGEN. Está en *La Correspondencia.*
(Coge el periódico y lee como indica el diálogo.)
«El ministerio...» No es esto.
«Un periódico...» Adelante.
«Se ha cubierto la vacante...»
«Un accidente funesto...»
«Lista...» Mire usted el nombre.

TERESA. El mismo, Benitez Mesa

LUIS. Nos ha dado la sorpresa.

TERESA. Permita usted que me asombre,
porque, á la verdad no veo
cómo puede haber venido,
pues su carta...

RUGEN. La ha traido
el mismo vapor-correo.

LUIS. Querrá causar emociones.

TERESA. Sí: nada de extraño tiene...
Mas no acierto por qué viene
sin consultar sus acciones.

LUIS. ¡Le juzga usted informal!

TERESA No me voy á resentir
por eso; quiero decir
que él es siempre original.

ESCENA XII.

TERESA, LUIS, EUGENIO y DOLORES.

LUIS. (A Dolores) Comparte nuestro placer.
DOLOR. ¿Yo?
LUIS. ¿No sabes que vendrá
dentro de poco el papá?
DOLOR. ¿Le vamos á conocer?
LUIS. Hace ya bastantes años
que yo tengo ese deseo.
EUGEN. Hasta despues: ahora creo
que aquí sobran los extraños.
TERESA. ¿Se marcha usted?
EUGEN. Nunca abusa
mi afecto: hasta luego, Lola.
DOLOR. Nó me da una excusa sola,
nada: ni una sola excusa.

ESCENA XIII.

TERESA, DOLORES y LUIS.

LUIS. No sé expresar el consuelo
que su venida me ofrece;
pero ¿qué es esto? Parece
que están ustedes de duelo.
TERESA. Yo estoy bastante cansada;
tanta confusion me aburre.
LUIS. ¿Y á tí, dime, qué te ocurre?
DOLOR. Nada; yo no tengo nada.
LUIS. Debes desechar enconos.
DOLOR. ¿Que debo yo desechar?
LUIS. ¡Si pretenderás negar
que Eugenio y tú estais de monos!
DOLOR. Te engañas.
LUIS. Lo juraria,

pues tengo datos certeros:
la culpa es de unos lanceros.
¡Pícara caballería!

DOLOR. ¿Quién te ha dicho?...

LUIS. (A Teresa.) Ya concede
que no me falta razon.

TERESA. ¿Cuál ha sido la cuestion?

DOLOR. No lo sé.

TERESA. ¿Quién saber puede
entónces?

LUIS. Oye, Dolores;
si son celos tus desvelos,
aprenderás que los celos
son la sal de los amores.

DOLOR. ¿Si querrás dejarme?

TERESA. Niña,
ese tono no es prudente
con tu hermano.

DOLOR. Solamente
me falta que usted me riña.

TERESA. Pero, ¿te vas á marchar?

LUIS. A no embromarte me avengo.

DOLOR. Me voy con la abuela. (Tengo
unas ganas de llorar...)
(Se marcha por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIV.

TERESA y LUIS.

TERESA. Pronto empieza á padecer
su inocente corazon

LUIS. Sí: mas llora sin razon
muchas veces la mujer.

TERESA. Fuéramos felices séres,
pero el hombre nos gobierna
tan mal...

LUIS. La cuestion eterna:
los hombres y las mujeres.
Con fé su idea propala
cada sexo que señalo,

la mujer dice—El es malo,
y el hombre dice—Ella es mala.
Y como ninguno halle
justa la causa enemiga,
de aquí que el pleito prosiga
sin encontrar quien lo falle.

ESCENA XV.

TERESA, LUIS, EUGENIO y ANTONIO.

EUGEN. (¡Ah! No está ya!)
TERESA. (A Eugenio) Usted prefiere
esta sala á la primera.
EUGEN. A Vega encontré allá fuera
y hablando... hablando...
TERESA. (La quiere.)
ANT. Sí: yo le hube de indicar
que se viniera conmigo;
y como es tan buen amigo
no le tuve que rogar.
EUGEN. Hablas en tono burlon.
ANT. Sofocarte no es mi intento;
mas si digo lo que siento,
contemplando tu emocion
tan poco disimulada,
deduzco con causa justa
que algo de allí te disgusta,
ó que algo de aquí te agrada.
EUGEN. (Sonriendo de mala gana.)
Pero, ¿cómo has conocido?
ANT. Deja esa sonrisa séria,
porque yo en esta materia
soy un hombre muy curtido.
En tratándose de amores
huelo el menor incidente.
LUIS. (¡Qué tipo tan imprudente!)
TERESA. Voy á buscar á Dolores.
(Se marcha p r la puerta de la izquierda.)

ESCENA XVI.

LUIS, EUGENIO y ANTONIO.

ANT. Pero aún no sé á ciencia fija
cuál de ellas tiene el honor...
¿A quién haces el amor,
á la madre ó á la hija?
EUGEN. ¡Ah, no le conoce!
ANT. Ahora
noto que estuve imprudente
refiriendo de repente
la historia de esa señora.
EUGEN. Pero...
LUIS. No estaba delante,
y saber la historia espero.
ANT. ¡Tambien este caballero
ha sido siempre estudiante!
EUGEN. El señor... (Insistiendo por evitar un conflicto).
LUIS. Si usted le acosa
no dejará que termine.
ANT. El asunto se define
en seguida, hablando en prosa.
Mendez amistoso abrigo
á Teresa prometió,
y dicen que consiguió
ser luego más que un amigo.
LUIS. ¡Infame! (Asiéndole por el brazo.)
ANT. ¡Qué!
EUGEN. No gritar.
LUIS. Me está pareciendo mengua
el no arrancar esa lengua
que se atreve á murmurar.
EUGEN. Calma.
LUIS. ¿Cómo tener calma
si para martirio eterno
estoy mirando el infierno
que se me ha entrado en el alma?
ANT. ¿Será el hijo?
LUIS. Sin que él muera

ó mi corazon taladre,
no puedo ver que á mi madre
ofenda de esa manera.

ANT. (¡Le he dado un golpe cruel
sin comprender lo que hacia!)

EUGEN. El á usted no conocia.

LUIS. Entiéndase usted con él.

EUGEN. Antonio... (Acercándose á él.)

ANT. Voy á buscar
quien me sirva de padrino.
(Al ver á Mendez que llega por la puerta de la derecha
¿Qué te parece? Este opino
que me puede apadrinar.

ESCENA XVII.

LUIS, EUGENIO, ANTONIO y JUAN.

EUGEN. ¿Podrás hablar formalmente
alguna vez en tu vida?

LUIS. (¡Qué intempestiva venida!)

JUAN. ¿Qué trama esta buena gente?

EUGEN. Nada.

JUAN. (Dirigiéndose á Antonio.)
Pues juntos nos vemos,
yo, que cumplo lo que digo,
presento á usted á mi amigo..
(Señalando á Luis.)

ANT. (Interrumpe á Juan.)
Gracias, ya nos conocemos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto enterior: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIO y ANTONIO.

EUGEN. Tú murmuras por costumbre,
y más tarde ó más temprano
tenias por precision
que encontrarte en este caso.
ANT. ¡Qué remedio!
EUGEN. ¡Y es tan grave
la ofensa! ¡Pobre muchacho!
ANT. Eugenio, estoy convencido
de que hubo falta de tacto
por mi parte, pero el otro
se fué muy pronto á las manos.
EUGEN. ¡Y tú extrañas su conducta!
¿Qué hubieras hecho en su caso?
ANT. Lo que él hizo exactamente;
de la razon no me aparto,
y encuentro naturalísimo
todo lo que aquí ha pasado.

EUGEN. Pero, Antonio, ¿es imposible
que el lance se lleve á cabo?
Tú le has ofendido...

ANT. Mira,
Eugenio, no discutamos;
cuando se enredan las cosas
como aquí se han enredado,
hay que tomar el partido
de echarlo todo á barato,
y aparentar que no importa
visitar el otro barrio.

EUGEN. Medita bien el asunto;
ve que es preciso zanjarlo
sin que se enteren las gentes.

ANT. Convence á tu apadrinado
de que el duelo que propone
va á dar que reir al diablo,
porque con él no se logra
más que aumentar el escándalo,
y si se aviene á razones,
y me ofrece un desagravio,
yo prometo...

EUGEN. ¡Pero, Antonio,
tú quieres que él ceda!

ANT. Claro:
mi ofensa ha sido indirecta;
la suya, por el contrario,
es personal y muy grave,
y le toca por lo tanto...

EUGEN. Sí, colocarte la venda
cuando es el descalabrado.

ANT. Despues que oiga sus disculpas
confesaré que soy algo
hablador, y que me pesa
haberle proporcionado
un disgusto, repitiendo
lo que dicen por lo bajo,
las personas que conocen
á Teresa y Mendez Prado.
Con esto estendeis un acta

los padrinos, la firmamos,
se le echa tierra al asunto
y quedamos como hermanos.

EUGEN. ¿Y piensas que ha de avenirse?...

ANT. Pues si quiere ir despachando
á cuantas personas duden
de que Mendez es un santo
baron, que por puro afecto
quiso otorgarle su amparo,
te digo que el pobre tiene
ocupacion para rato.

EUGEN. ¿Pero en qué fundan sus juicios
los que murmuran?

ANT. ¡Qué cándido
eres cuando te conviene!

EUGEN. ¡Qué yo soy!...

ANT. Muy poco franco.

EUGEN. ¡Me ofendes!

ANT. No, no tengamos
un nuevo disgusto, Eugenio;
yo te hablé así, confiado
en la amistad que nos une
desde hace bastantes años;
si te dás por ofendido
retiro la ofensa y callo.
Respecto al duelo, ya sabes
que tiene poderes ámplios
el brigadier Montenegro.
¿Procurareis arreglarlo
al punto?

EUGEN. Yo no quisiera...

ANT Conque... hasta dentro de un rato.
(Se marcha por la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

EUGENIO.

No cede en su obstinacion:
me encarga Luis de arreglar
el duelo, sin recordar

mi difícil situacion.
El llora su fé perdida
con tan amarga enseñanza,
y yo pierdo la esperanza
más risueña de mi vida,
porque me causa sonrojos
llegar á ser el marido
de una mujer que ha tenido
tal ejemplo ante sus ojos.
Sé que es buena... ¡y es sincero
el amor que me profesa!
Ahora que su amor me pesa
conozco cuanto la quiero.
¿Pero quién esto concilia?
Mi madre siempre tan buena
ha de sentir honda pena
al unirse á esta familia.
Y las gentes, con cinismo
dirán, manchando mi honor
«No se casa por amor;
se casa por egoismo.»
Nada, mi orgullo no abdica,
aunque la paz no recobre
el alma... ¡Si fuera sobre
Dolores!... pero es tan rica
que, con un pesar profundo
yo no puedo... yo no quiero...
¡Y aseguran que el dinero
lo puede todo en el mundo!

ESCENA III.

EUGENIO y DOLORES.

DOLOR. ¿Sigue usted tan retirado?
Le dejo á usted.
EUGEN. Por favor...
DOLOR. Solo, estará usted mejor
que tan mal acompañado.
EUGEN. Rogando con insistencia
que me escuche usted espero.

DOLOR. Ha puesto usted tanto esmero
en esquivar mi presencia
esta noche, que con justo
motivo quiero marcharme,
pues pienso que al retirarme
evito á usted un disgusto.

EUGEN. Siento escuchar ese tono
que usa usted ahora conmigo
y me duele á fé de... amigo
tener que aumentar su encono.

DOLOR. Disculpando sus acciones...

EUGEN. Es fuerza hacer lo contrario:
sepa usted que es necesario
cortar nuestras relaciones.
Sorprende á usted este brusco
arranque y, aunque me pesa,
yo comprendo su sorpresa
y mi disculpa no busco,
pues es tal la confusion
que mis sentidos abate.
que ofendo á usted cuando late
amante mi corazon.
Debo por fuerza apagar
el amor que me extasía
y sin ser la culpa mia
no me puedo disculpar.

DOLOR. Escucho á usted tan confusa
que, áun cuando le estoy oyendo,
ni lo que me dice entiendo
ni acierto de qué me acusa.
Olvide usted mi pasion
por más que me mortifique,
pero le ruego que explique
esta oscura situacion.

EUGEN. No debo, aunque mal me cuadre,
hacer lo que usted propone.

DOLOR. ¿Quién á nuestro amor se opone?

EUGEN. Su madre de usted.

DOLOR. ¡Mi madre!
Eugenio, es una quimera

la que indica usted ahora.

EUGEN. Se opone áun cuando lo ignora.

DOLOR. ¿Sí?

EUGEN. (No sospecha siquiera
lo que ocurre.)

DOLOR. Yo hablo en sério.
sin ver en mi turbacion
que ha buscado esta ficcion
para ocultar el misterio.
Ya escucho su negativa,
y yo por ella no paso.

EUGEN. ¡Qué remedio! En este caso
tuve muy pobre inventiva.

DOLOR. Le suplico á usted que al punto
explique sin divagar
su conducta.

EUGEN. Terminar
es preciso. Es el asunto
que, áun cuando en amor me absorbo,
aquí sofocarlo pienso,
que hay un obstáculo inmenso
entre nosotros.

(Juan entra en escena por la puerta de la izquierda y se acerca á Dolores y Eugenio, colocándose entre ambos.)

ESCENA IV.

DOLORES, EUGENIO Y JUAN.

JUAN. (En tono de broma.) ¿Estorbo?

DOLOR. (Sorprendida y disimulando.)
¡Estobar! ¡Qué desatino!

EUGEN. Es usted lo más chancero...

JUAN. Nada; si estorbo no quiero
detenerme en el camino.

DOLOR. ¿Y mi abuela? ¡qué capricho!
¿aún vela?

JUAN. De eso venia.

DOLOR. Tambien le hice compañía
un buen rato.

JUAN. Me lo ha dicho.

EUGEN. (No sé cómo me sincere.)
DOLOR. ¡Ah! la mamá preguntaba
hace poco dónde estaba
usted.
JUAN. ¿Sabes lo que quiere?
DOLOR. No.
JUAN. Voy á ver si me inicia
el asunto.
DOLOR. ¿Usted sabrá
la venida de papa?
JUAN. ¡Quién ha dado esa noticia!
EUGEN. Yo no he sabido hasta ahora...
Voy á ver á esa señora.
(Ya pareció la sorpresa.)
(Va á salir de escena por la puerta de la derecha al mismo tiempo que entra Luis.)

ESCENA V.

DOLORES, JUAN, EUGENIO Y LUIS.

JUAN. Vuelvo al instante á tu lado.
(En tono muy cariñoso.)
Tengo que darte un disgusto:
prepárate.
LUIS. No me asusto,
puedo pagarlo al contado.

ESCENA VI.

DOLORES LUIS y EUGENIO.

EUGEN. (Acercándose á Luis.)
(¿Qué hay?)
LUIS. (A las cinco en camino.)
EUGEN. (¡Qué fatal obstinacion!
¿No hay medio?...)
LUIS. (En mi habitacion
espera el otro padrino.)
Dolores, estás cansada
y pudieras retirarte.

DOLOR. No.

LUIS. ¿Quieres acostumbrarte
á esta existencia agitada?

EUGEN. Habla con razon su hermano.

LUIS. Ya despidió á esos señores...

EUGEN. A los piés de usted, Dolores.

LUIS. Adios.

DOLOR. Beso á usted la mano.

(Luis acompaña á Eugenio hasta la puerta de la derecha.)

EUGEN. (Si viera usted cuánto siento
no arreglar...)

LUIS. (De ningun modo.)

DOLOR. ¡Se marcha y termina todo,
aunque ignoro el fundamento!

ESCENA VII.

DOLORES y LUIS.

LUIS. (Se fija en Dolores y le pregunta cariñosamente:)
¿Qué tienes, Dolores?

DOLOR. Nada.

LUIS. Tu llanto quiere brotar
y pretendes ocultar
que te encuentras agitada.

DOLOR. Si mis ojos han hablado,
¿por qué evito explicaciones?
Han muerto mis relaciones
con Eugenio Maldonado.

LUIS. ¿Es verdad?

DOLOR. Con gran dolor,
y en tono grave y conciso,
ha dicho que era preciso
que acabase nuestro amor:
aunque á su pasion no cuadre,
piensa olvidarse de mí
y afirma, al obrar así,
que le obliga nuestra madre.

LUIS. ¡Eso dice! (Ya comprendo...)

DOLOR. Te asombras, pero no indicas
de qué manera te esplicas

lo que te voy refiriendo.

LUIS. Yo ignoro...

DOLOR. Dí, francamente,
si sabes...

LUIS. Ni una palabra.

DOLOR. Esto mi desdicha labra.

LUIS. (¡Una víctima inocente!)

DOLOR. ¡Quién hubiera presumido
tal accion!

LUIS. ¡Pobre Dolores!
De tus primeros amores
debe quedarte el olvido.

DOLOR. ¡Tan sólo el olvido! Cesa
si esos consuelos ofreces.

LUIS. ¡Ay! hermana, no mereces
el mal que sobre tí pesa.

ESCENA VIII.

DOLORES, LUIS y TERESA.

TERESA. ¿Aun estás en pié?

DOLOR. Ya voy
á retirarme

LUIS. ¿Se fueron
todos?

TERESA. Sí.

LUIS. ¿Mendez tambien?

TERESA. No; se detendrá un momento.

DOLOR. ¿Ha visto usté á Maldonado?

TERESA. ¡Ah! sí ¿qué le pasa á Eugenio?
Le encontré cuando venia
y se despidió tan sério,
tan triste...

LUIS. Sí: con Dolores
tuvo un disgusto.

TERESA. ¡Era cierto!

DOLOR. Me ha exigido que renuncie
al cariño que le tengo.

TERESA. ¡Qué ofensa!

DOLOR. Pero usted puede

poner á mi mal remedio.

TERESA. Dime lo que puedo hacer
porque yo no lo comprendo.

LUIS. Nada.

DOLOR. ¿Por qué? Yo he notado
que abriga algunos recelos
hácia usted.

LUIS. Son presunciones
tuyas.

DOLOR. Te digo que acierto.
El teme que usted responda
á su afecto con desprecio.

TERESA. Su temor es infundado
y haré todos los esfuerzos
posibles, para que vea
que no rechazo su afecto.

DOLOR. ¡Qué cariñosa es mi madre!
Vamos; déme usted un beso.

TERESA. Zalamera. (Da una media el réló.) Son las cuatro
y media. ¿No tienes sueño?
Debes irte á descansar.

DOLOR. Presumo que pierdo el tiempo;
se me pasarán las horas
combinando mis proyectos.
Dígame usted. ¿Y si no
logramos lo que queremos?

LUIS. No confias.

TERESA. No la aflijas
antes de saber el éxito.

DOLOR. (Besando á Teresa.)
Buenas noches.

TERESA. Que descanses.

DOLOR. (Haciendo una caricia á Luis.)
Malpensado.

LUIS. Harto lo siento.

(Dolores se entra por la puerta del foro derecha y cierra por dentro con llave.)

ESCENA IX.

TERESA y LUIS.

TERESA. La pobre se halla afligida
y comprendo su afliccion;
es la primera ilusion
que llora desvanecida.
LUIS. ¡Qué remedio!
TERESA. Yo imagino,
pues su temor no es fundado,
que ha de volver Maldonado
otra vez al buen camino.
LUIS. Nada espere usted.
TERESA. Pudiera...
Los males tienen remedios
y quiero poner los medios...
LUIS. No lo piense usted siquiera.
TERESA. Siendo de un hijo en servicio
yo nó encuentro nada extraño.
LUIS. Pero suele hallar un daño
el que busca un beneficio.
TERESA. Tal resultado no espero.
LUIS. Maldonado hablar evita.
TERESA. Mi comision se limita
á probarle que le quiero.
LUIS. Lo que usted muy fácil halla
es un imprudente paso:
le pondrá usted en el caso
de que diga cuanto calla.
TERESA. Bueno; dirá lo que piensa.
LUIS. No trate usted...
TERESA. No concibo
tu agitacion.
LUIS. El motivo
es para usted una ofensa.
TERESA. Vé que estoy interesada
en conocer la verdad
hijo, calma mi ansiedad.
LUIS. Yo no debo decir nada.

TERESA. Comprende que este secreto
de tu obediencia decide.

LUIS. Nunca, madre; usted me pide
que yo le falte al respeto.

TERESA. ¿No hablarás?

LUIS. De ningun modo.

TERESA. Tu silencio no conviene.

LUIS. Hay quien supone que tiene
usted la culpa de todo.

TERESA. Luis, tu madre á hablar te obliga.

LUIS. Madre, el mundo ha sospechado
que no es un afecto honrado
el que con Mendez nos liga.

TERESA. ¡Qué!... No pude ni soñar...
¡Y tienes tan poca fe!...

LUIS: No, señora; yo no sé...
yo no lo quiero pensar;
pero desde que he sabido
lo que produce mi pena
el nombre de Mendez suena
constantemente en mi oido,
y en esta lucha que siento
y en este dolor sin nombre
no sé si debo á tal hombre
amor ó aborrecimiento.
Verdades claras, desnudas,
el alma saber ansía,
porque tengo, madre mia,
el alma llena de dudas.

TERESA. Que tú le puedes odiar
fácilmente se comprende;
¿el hijo que así me ofende
á quién puede respetar?

LUIS. Yo no quiero que mi lloro
produzca en usted espanto:
comprenda usted que mi llanto
solo dice que la adoro;
que no sé lo que me pasa,
que mi razon se oscurece,
y que á veces, me parece,

que me deshonra mi casa.

TERESA. A tu loca ceguedad
nada puedo responder,
pues sella el labio un deber
que apoya mi dignidad.
Si yo no escucho con calma
lo que en mi desdoro piensas
es porque hallo en tus ofensas
la medida de tu alma.

LUIS. Ruego por lo que más ame
que la respuesta no eluda.

TERESA. Luis, quien de su madre duda
tiene un corazon infame.

LUIS. No miente esa indignacion:
madre, insúlteme usted mucho;
que á cada insulto que escucho
se me ensancha el corazon.
Hable usted, que ansioso espero
la explicacion que rehusa;
una palabra, una excusa.

TERESA. Ni puedo darla, ni quiero.

LUIS. ¿Por qué entre usted y mi padre
hay la discordia que noto?
¿Por qué dicen que yo exploto
la deshonra de mi madre?

TERESA. Luis, mira con ojos fijos
mi honra por tu lengua herida,
recuerda que Dios no olvida
las injurias de los hijos...
Si el mundo mi alma acibara
con un pensamiento inmundo,
tú, más criminal que el mundo
me lo arrojas á la cara.

LUIS. ¡Perdon! ¡Perdon, madre mia!
Es tan grande mi afliccion,
que observo que mi razon
por momentos se extravía.
Siendo usted todo mi anhelo,
me siento tan abrumado
como si hubiera encontrado

un desengaño en el cielo.
Se agita en mi mente un mar
de pensamientos hirvientes;
siento que tengan las gentes
lenguas para murmurar.
Mi imaginacion, propensa
á encontrar mucho en la nada,
sorprende en cada mirada
y en cada frase una ofensa.
¡El mundo me tiene en poco!

TERESA. Calla: la lengua desatas
sin comprender que me matas.

LUIS. ¡Si no puedo! ¡Si estoy loco!

TERESA. Juan se acerca.

ESCENA X.

TERESA, LUIS y JUAN.—El último entra por la puerta de la derecha abrochándose el gaban, como quien se dispone á salir á la calle.

JUAN. ¿Qué sucede?

TERESA. Nada de particular.

JUAN. Me ha parecido escuchar
voces...

TERESA. No sé... pero puede...
¿Se va usted?

JUAN. No tenga empeño
en que me vaya á dormir,
pues espero conseguir
que éste desarrugue el ceño.

LUIS. No es fácil.

JUAN. Usted dispense.
¿Qué mal hierba has pisado?
Parece que has heredado
la cara de algun trapense.

TERESA. (Si ahora la cuestion inicia...)

LUIS. (Nunca estuve tan violento.)

JUAN. Vas á quedarte contento
si te doy una noticia.
(Hace que busca algo en sus bolsillos.)

LUIS. Puede ocurrir lo contrario.

TERESA. (Tratando de evitar un choque.)
Suspenda usted el registro.
JUAN. Por encargo del ministro
me ha dado el subsecretario
la credencial que has de ver:
tu traslacion es un hecho.
LUIS. Diga usted: ¿con qué derecho
me puede usted proteger?
TERESA. Calla, Luis; calla, te digo,
y no aumentes mi afliccion.
JUAN. ¡Rechazas mi proteccion!
¿No soy tu mejor amigo?
TERESA. Deje usted...
JUAN. Habla, y no llores.
Te miro, y no me convenzo...
LUIS. Sépalo usted: me avergüenzo
de recibir sus favores.
TERESA. No digas tal desvarío;
márchate.
(Luis vacila, pero mira el reló que hay sobre la chimenea, hace un esfuerzo visible y se marcha por la puerta de la derecha.)
JUAN. No; Luis, detente.
TERESA. Déjalo, que está demente.
LUIS. ¡Qué horrible duda! ¡Dios mio!

ESCENA XI.

TERESA y JUAN

JUAN. Pero dime lo que ocurre.
TERESA. Juan, no lo quieras saber.
JUAN. Conociendo que me tienes
en una ansiedad cruel
no me explicas las palabras
de tu hijo.
TERESA. Luego... despues...
JUAN. ¿Es una desdicha?
TERESA. Enorme.
JUAN. Sépala yo de una vez.
TERESA. Si se resisten mis lábios

á decir lo que escuché.
JUAN. ¡Por Dios Teresa!
TERESA. Mi hijo
duda de nuestra honradez.
¡Piensa que somos amantes!
JUAN. Esto es horrible, ¡El tambien!
TERESA. El es el eco del mundo
que nos infama.
JUAN. Lo sé.
TERESA. ¡No me has dicho!...
JUAN. Procurando
mirar siempre por tu bien,
he ocultado el *recto* fallo
de tan *inflexible* juez.
TERESA. ¡Qué hacer en este conflicto!
JUAN. Nada podemos hacer.

ESCENA XII.

TERESA, DOLORES y JUAN.

DOLOR. (Entra muy agitada por la puerta de la derecha)
Mamá, mamá.
TERESA. ¿Qué sucede?
DOLOE. Es horrible lo que pasa.
TERESA. Hija la ansiedad me abrasa;
habla pronto.
JUAN. Si no puede.
TERESA. Nuestra zozobra conoces.
DOLOR. Trato de calmarme en vano.
En el cuarto de mi hermano
escuché distintas voces;
entre ellas, por el sonido
la de Eugenio conocia
y sin pensar lo que hacia,
fuí allá, apliqué el oido...
JUAN. Mas ¿qué pudo suceder?
TERESA. Prosigue sin detenerte.
DOLOR. Mi hermano se bate á muerte
con Vega al amanecer.

JUAN. ¡Y ya está rayando el dia!
TERESA. Esta noticia me mata:
parece que se desata
el infierno en contra mia.
DOLOR. Saldrán para el desafío
á las cinco.
JUAN. ¿Qué he de hacer?
TERESA. No se puede desprender
de que es un pedazo mio;
le pintaré el desconsuelo
en que quedamos tres séres;
recordaré sus deberes;
hablaré de Dios, del cielo,
que es imposible que asista
al que se bate sin fé...
en fin no sé lo que haré
para lograr que desista
DOLOR. Sí, sí, por la Vírgen, traten
de que no exponga su pecho.
JUAN. Dirá que con qué derecho
quiero impedir que le maten.
TERESA. Se oyen pasos.
JUAN. ¡Qué tormento!
DOLOR. Mamá, por Dios, que se ván
TERESA. No hija mia, no se irán
mientras que me quede aliento.
(Se dirige precipitadamente hácia la puerta de la derecha.)
¡Luis! ¡Hijo!
DOLOR. ¡Cuánto me aflijo!
JUAN. En suspenso mi alma tiene.
TERESA. Ya viene
JUAN. ¿Sí?
TERESA. Sí, ya viene,
ya no me matan á mi hijo.
(Luis aparece en la puerta de la derecha.)

ESCENA XIII.

TERESA, DOLORES, JUAN y LUIS.

DOLOR. Oyenos, Luis.
TERESA. Pasa, pasa.
JUAN. Es preciso detenerte.
LUIS. ¿Qué?
TERESA. Vas á buscar la muerte
si te alejas de esta casa.
(Teresa y Dolores tratan de sujetar á Luis.)
LUIS. ¿Y qué me importa la vida?
Libertad quiero, la exijo;
no hay barreras para el hijo
que vé á su madre ofendida.
DOLOR. Cálmate.
LUIS. ¡Y eso deseas!
Un hombre ultrajó su honor.
DOLOR. Es un vil calumniador.
TERESA. ¡Ay, hija! bendita seas.
JUAN. Oye.
LUIS. Me tiene agitado
esta duda sorda y ciega.
JUAN. Es un miserable Vega.
DOLOR. No des crédito á un malvado.
LUIS. Quiero saciar mi furor;
porque es justo castigar
al que ha turbado en mi hogar
la honra, la paz y el amor.
(Teresa le coge para detenerle: él hace esfuerzos por marcharse.)
JUAN. ¡Luis!
LUIS. Usted es hombre, es fuerte ..
TERESA. Yo me opondré con ahinco.
(El reló da las cinco.)
DOLOR. ¡Ah! ¡Las cinco!
TERESA. ¡Qué! ¡Las cinco!
LUIS. (Ya está esperando la muerte.)
TERESA. No te irás.
DOLOR. ¡Luis!

LUIS. Es en vano.
JUAN. Pide un plazo.
LUIS. Mi sangre arde.
TERESA. ¡Ay, hijo!
LUIS. Madre, es muy tarde.
(Ha logrado desasirse de Teresa y Dolores, y se marcha precipitadamente, cerrando tras sí la puerta de la derecha.
DOLOR. Hermano, detente, hermano.

ESCENA XIV.

TERESA DOLORES y JUAN.

TERESA. (Dando golpes en la puerta.)
¡Abre, hijo! ¡Empeño homicida!
¡Ay! Nadie á pasar acierta.
¡A mí! Cerrando esta puerta
se abre las de la otra vida.
DOLOR. (Dirigiéndose á la puerta del foro derecha.)
Por aquí... Si la he cerrado
yo misma, aunque mal me cuadre.
TERESA. Por la casa de mi madre,
salgamos por ese lado.
(Repite la hora el reló: Teresa trata de salir de escena, pero la abandonan sus fuerzas: Dolores la sostiene y la sienta en un sillon.)
DOLOR. Corra usté á evitar el mal.
JUAN. Mi vida por ello diera.
TERESA. Y si muere, que no muera
creyéndome criminal.
(Juan se marcha por la puerta de la izquierda,)

ESCENA XV.

TERESA y DOLORES.

DOLOR. ¡Ya partió!
TERESA. Niña querida.
DOLOR. Madre, no encuentro consuelo.
TERESA. Ruégale, ruégale al cielo
que nos le vuelva con vida.
(Dolores cae de rodillas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion misma de los actos anteriores: es de dia.

ESCENA PRIMERA.

DOLORES.

A cada ruido que escucho
me parece que alguien llega
(Mirando hácia la puerta de la derecha.)
¡Ah! ¡mi madre! ¡pero sola!
¡pobre alma de angustias llena!
Quiero salir á su encuentro;
(Deteniéndose.)
la esperaba y temo verla.

ESCENA II.

TERESA y DOLORES.

TERESA. ¡No vino nadie!
DOLOR. Estoy sola
tres horas que han sido eternas.
TERESA. ¿Juan no ha vuelto?
DOLOR. No señora.
TERESA. No puedo mas.
DOLOR. ¿Qué?
TERESA. No creas

que traigo malas noticias,
al contrario, si pudiera
aun evitarse ese duelo
maldito, mis diligencias
lo evitaran: yo he corrido,
llamando de puerta en puerta
como una loca, en las casas
de autoridades que piensan
que aun no se habrá consumado
el duelo que nos aterra.

DOLOR. No haga usted tales esfuerzos
por aparecer serena;
si está usted muerta de angustia:
llore usted, llore y no tema
afligirme ¡madre mia!
(Abrazándola.)
así se calman las penas,
(Entra un criado por la puerta de la izquierda.)

CRIADO. La señora llama.

TERESA. ¡Cómo!

DOLOR. Dice que llama mi abuela.

TERESA. ¿Está mala?

CRIADO. No señora.
(El criado se marcha por la derecha.)
Temo que el dolor me venda
y mi madre sepa el lance.
¿Tienes tú más entereza?

DOLOR. Puede.

TERESA. (Enjugándole los ojos.)
Sécate los ojos.

DOLOR. Voy á ver... pero si llega
Mendez...

TERESA. Yo buscaré el medio
de avisarte en cuanto vuelva.
(Sale Dolores de escena por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

TERESA.

Quiero que mi madre ignore
este duelo: si supiera

el motivo... acaso entonces
peligrara su existencia.
¡Ay! Dios mio! Si parece
imposible que haya fuerzas
para resistir á tantos
males como me rodean.
¡Hijo mio! Quiero verle;
quiero hablarle, aunque me ofenda
con las dudas espantosas
que su corazon sublevan.
Pero vive? ¿Acaso puede
decir injurias su lengua?
Señor, haced que yo salga
de esta situacion horrenda,
que vuelva Luis á mis brazos,
que pueda ver que aun alienta...
y despues, cúmplase en todo
vuestra voluntad suprema.

ESCENA IV.

TERESA y JUAN.

JUAN. (Entra por la puerta de la derecha y se para al ver la actitud de Teresa.)
¡Reza y llora! Su afliccion
detiene mi paso incierto;
quizás para siempre ha muerto
la paz de su corazon.

TERESA. (Viendo con sorpresa á Juan.)
¿Vive mi hijo? Con verdad,
dime lo que ha sucedido.

JUAN. ¿Es cierto que no ha venido!

TERESA. Habla y calma mi ansiedad

JUAN. Ignoro cual es la suerte
de Luis.

TERESA. Por piedad responde;
en tu agitacion se esconde
el mensaje de su muerte.

JUAN. No es cierto.

TERESA. Penas agudas

han dominado tu calma.
JUAN. Es porque llevo en el alma
un semillero de dudas.
Salí turbado é inquieto
por la gravedad del caso;
tomé el coche y al acaso
corrí sin lograr mi objeto.
Cuando con pena cruel
toda esperanza perdia
supe que Luis se batia
en las dehesas de Amaniel.
Fuí: un silencio profundo
en aquel sitio reinaba;
me pareció que no estaba
en un pedazo del mundo.
Entonces...
TERESA. Sigue, que aguardo.
JUAN. Ví del sol á los reflejos
que un campesino á lo lejos
labraba con paso tardo:
le pregunto; á mis suspiros
su sorpresa al rostro asoma
y dice: «Tras de esa loma
han sonado algunos tiros.»
Corrí allá, llegué sin vida
y aun el recuerdo me aterra;
sólo ví sangre en la tierra
que se hallaba removida.
TERESA. ¡Sangre!
JUAN. Si.
TERESA. ¡Qué desventura!
El pobre hijo de mi amor
no ha escuchado en tu dolòr
ni una frase de ternura.
JUAN. Tu imaginacion avanza.
TERESA. ¡Mi hijo muerto en desafío!
JUAN. Teresa, en el pecho mio
no se extingue la esperanza.
TERESA. ¡Si viviera!.. ¡El homicida!..
¡Qué horrible su vida fuera

con esa mancha!

JUAN. Dios quiera
que haya salvado su vida.

TERESA. Pero la ansiedad me abrasa.
¿Cómo salir de este estado?

JUAN. Voy á ver si Maldonado
ha regresado á su casa.

TERESA. Tu que sabes mi impaciencia
calma pronto mi deseo,
pues te aguardo como el reo
que aun ignora su sentencia.

(Esta última redondilla la dice acompañando á Juan hasta la puerta dela derecha.)

ESCENA V.

TERESA y DOLORES.

DOLOR. Mamá, la abuelita llama.

TERESA. ¿Me llama? ¿Qué ha sucedido?

DOLOR. Sabe que Luis se ha batido
con uno que á usted infama.

TERESA. ¿Qué dices?

DOLOR. Qué está impaciente
y que llora conmovida
por Luis que expone su vida
cuando usted es inocente.

TERESA. ¡Pobre madre!

DOLOR. De tal modo
le aflige esta desventura,
que se exalta y asegura
que ella es la causa de todo.

TERESA. ¡Es tanta su exaltacion!

DOLOR. Gime, llora y se enardece
de tal modo, que parece
que se turba su razon.

TERESA. ¿Cómo la fatalidad
la enteró de lo ocurrido?
Dí ¿quién ha comprometido
su cansada ancianidad

DOLOR. Se hallaba junto á su lecho

la doncella que la cuida
y creyéndola dormida
quiso enterarse del hecho:
se acercó quedo á la puerta
y preguntó á ese criado...

TERESA. ¡Y de todo se ha enterado
tu abuela!...

DOLOR. Estaba despierta.

TERESA. Va un mal por otro seguido:
nunca el destino se sácia;
es tan fiera la desgracia
que se ceba en el vencido.
Escucho el ¡ay! de agonía
que causa un viejo dolor,
miro ultrajado mi honor,
pierdo á mi hijo...

DOLOR. ¡Madre mia!
¿Se sabe de Luis la suerte?
Dígala usted ¿por qué tarda?
El silencio que usted guarda
es un silencio de muerte.
¡Aumenta su agitacion!

TERESA. No, no...

DOLOR. Si no se concibe...
¡Ha muerto mi hermano!

ESCENA VI.

TERESA, DOLORES y LUIS.

LUIS. Vive.

TERESA. ¡Hijo de mi corazon!

DOLOR. ¡Luis!

TERESA. Ya recobro la calma

DOLOR. ¿Y no estás herido, hermano?

LUIS: Vengo con mi cuerpo sano,
pero traigo herida el alma.

TERESA. ¿El otro ha quedado herido?...
¡Habrá muerto!

LUIS. Dios lo sabe;

su herida es profunda y grave,
y él no recobra el sentido.

DOLOR. ¡Ay Luis!

LUIS Las penas me oprimen
y contemplo con horror
que son las leyes de honor
encubridoras del crímen.

TERESA. No me amargues el instante
de ver salva tu existencia

LUIS. (Muy preocupado.)
Hay sombras en la conciencia
de quien mata á un semejante.

DOLOR. ¡Hermano!

LUIS. ¡Soy asesino!

TERESA. ¡Hijo!

LUIS. El duelo es infecundo:
maldito, maldito el mundo
que empuja en ese camino;
pues en su curso fatal
siempre para el bien es tarde;
quien no mata es un cobarde,
quien mata es un criminal.

TERESA. Hirvió la sangre en tus venas
al ver mi honor ultrajado;
te batiste y has logrado
que se aumenten nuestras penas.

DOLOR. Con duelo tan aflictivo
la abuelita está angustiada,
y aun ignora la llegada...

LUIS. ¿Sabe el lance?

TERESA. Y el motivo.

LUIS. ¡Ah, todo!

TERESA. (Me he olvidado
con mi cariñoso afan...
Sí, sí.) (A Dolores.) Que busquen á Juan
en casa de Maldonado.
(Se marcha Dolores por el foro derecha.)

ESCENA VII.

TERESA y LUIS.

TERESA. Ahora á prevenirla vuelo.
LUIS. Su dolor quiero calmar,
si es que puede consolar
quien necesita consuelo.
TERESA. Vé que no está preparada...
Espérate aquí; al instante
vuelvo... tengo que ir delante
para anunciar tu llegada.
LUIS. Bien.
TERESA. Dirás con voz entera
que Vega solo está herido,
y confiesa arrepentido
que mintió.
LUIS. Cuanto usted quiera.
TERESA. Así me gustas; así
calmas mis duelos prolijos:
quiera Dios, si tienes hijos,
que nunca duden de tí.
(Se va por la izquierda.)

ESCENA VIII.

DOLORES y LUIS.

DOLOR. Luis, te abruman los recuerdos.
LUIS. Abandoné á mi adversario
cuando mi honor exigia
que me quedase á su lado.
DOLOR. ¿Dónde está?
LUIS. Le condugimos
á una gran casa de campo
próxima al lugar del lance,
y los padrinos quedaron
con el médico Baselga, (1)

(1) Se refiere á D. Eduardo Baselga, médico mayor del Cuerpo de Sanidad militar.

prodigándole cuidados.
Yo quise esperarme, y todos
hácia Madrid me empujaron,
porque no viese sin duda
la muerte del desdichado.

DOLOR. ¡Y qué muerte tan horrible,
sin el consuelo cristiano!

LUIS. Yo, confuso, arrepentido,
vine á enjugar vuestro llanto,
que en aquel terrible instante
me recordó Maldonado.

DOLOR. Dios le premie ese recuerdo.

LUIS. ¡Cómo le quieres!

DOLOR. Le amo:
en medio de estas angustias
en que desfallece el ánimo,
siempre hallo en mis pensamientos
el nombre suyo adorado.
Veo la calumnia y me indigno,
oigo tu duda y me exalto,
recuerdo el lance y me aterro,
pienso en el muerto y me espanto:
y cuando el dolor me agobia
encuentro el consuelo amargo
de recordar el cariño
que me tuvo Maldonado.

LUIS. Queda una sima en el alma
cuando huye un amor ingrato
y en ella un eco repite
las glorias de lo pasado.

DOLOR. Por eso á mi amor responde
siempre el eco solitario.
(Se retira por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

LUIS.

Mi hermana y mi madre gimen;
los pesares las devoran
y mis propios ojos lloran

despues de mirar mi crímen.
¡Misterios de la existencia!
Ayer tan honrado, y hoy
siento miedo cuando estoy
á solas con mi conciencia.
Gané del duelo la palma,
y he logrado por mi nombre
ver el espectro de un hombre
siempre que me mire al alma.
¡Ah! ¿Qué he conseguido? ¿qué?
Ni halla Dolores su amor,
ni mi madre halla su honor,
ni yo puedo hallar mi fé.
Nada afirmo, nada niego;
mas por mi cerebro pasan
pensamientos que me abrasan
como si fueran de fuego.
Detente imaginacion
y no aumentes mi agonía:
yo adoro á la madre mia
con todo mi corazon;
si la sociedad me aterra
con su labio maldiciente,
la ocultaré de la gente
en un rincon de la tierra,
y en su amor los ojos fijos
mitigaré su quebranto,
que es ménos amargo el llanto
cuando lo enjugan los hijos.
Señor, haz que la verdad
brille tan pura, tan clara,
que yo la muestre á la cara
de toda la sociedad:
que al ver del mundo el cinismo
sienta un desprecio profundo,
y que al despreciar al mundo
yo me desprecie á mí mismo.
(Entra el criado con una carta.)

CRIADO. Una carta para usted.
(Coge la carta sin fijarse en ella.)

LUIS. Bien. (Se marcha el criado.) Renaciera el reposo
si Dios Todopoderoso
nos hiciese esta merced.
(Mirando la carta.)
¿De quién será?—Verlo puedo
(La abre.)
¿Si encerrará otro disgusto?
Estando en desgracia es justo
que todo me inspire miedo.
(Pasa rápidamente la vista por la carta.)
Cádiz... la firma... ¡mi padre!
Su llegada es positiva.
¿Qué hacer? Es muy aflictiva
la situacion de mi madre.
Hay que tomar un partido
y me siento vacilar...
¿Debe mi padre ignorar
todo lo que aquí ha ocurrido?
Sí, que ignore lo que pasa,
y, fingida ó de verdad,
halle la tranquilidad
bajo el techo de su casa.

ESCENA X.

JUAN y LUIS.

JUAN. ¡Ah, Luis! por fin te he encontrado.
LUIS. (¡El!)
JUAN. Temí que no volvieras.
(Advirtiendo despego en Luis.)
No recuerdes tus quimeras
antes de haberme abrazado.
LUIS. ¡Mendez!
(Se ha guardado la carta y sigue mostrando repugnancia.)
JUAN. Llora tus errores
y olvida.
LUIS. ¿Existe el olvido?
JUAN. Yo que estoy tan ofendido
no recuerdo mis rencores.
LUIS. Este es nuestro último adios.

JUAN. ¡Me rechazas! ¿En tí cabe
esa accion?

LUIS. Usted no sabe
que hay un muerto entre los dos.

JUAN. ¿Ha muerto Vega? ¡Es verdad!
¿En las dehesas de Amaniel?

LUIS. Debe haber muerto, y con él
ha muerto nuestra amistad.

JUAN. ¡Que por su muerte me arguyas
en trance tan deplorable!...
¿He de ser yo responsable
de tus faltas y las suyas?

LUIS. El mundo le hace á usted reo
y en su sentencia me fundo

JUAN. ¿Y tú das crédito al mundo?

LUIS. Yo no sé ni lo que creo.

JUAN. Luis, te abandona tu juicio.

LUIS. Algo su amistad encierra.
¿Qué lazo?...

JUAN. ¿No hay en la tierra
otro lazo que el del vicio?

LUIS. No lo hallo en esta ocasion:
la tierra solo dá lodo.

JUAN. Es porque lo juzgas todo
por tu propio corazon.

LUIS. Una nueva ofensa en cada
palabra de usted se vé
y no respondo...

JUAN. Ya sé
que no reparas en nada.

LUIS. Seré infame, criminal...
cuanto usted quiera decir,
pero no puedo vivir
con esta duda infernal.
Desde que oí la acusacion
de ese pobre maldiciente
llevo dentro una serpiente
que me muerde el corazon.
Devuélvame usted la calma;
verdades, claras verdades

deshagan las tempestades
que se agitan en el alma.

JUAN. ¡Alma pobre!

LUIS. Que no vé
más que nieblas, densas nieblas.

JUAN. ¡No ha de vivir en tinieblas
si no la alumbra la fé!

LUIS. Usted ultrajó mi honor
y le exijo...

JUAN. Cosa igual
nunca ví; este criminal
quiere ser mi acusador.

LUIS. Usted no se ha defendido
acusándole los hechos,
y vuelvo por los derechos
de mi buen padre ofendido.

JUAN. Tu accion á la suya enlaza.

LUIS. Hable usted.

JUAN. ¿Quiéres que hable?
Tu padre fué un miserable;
tú no desmientes su raza.

LUIS. ¡A mi padre tal ofensa!
No me puedo contener.

JUAN. (Señalando hácia la puerta de la izquierda, por donde aparece Teresa.)
Tú ofendes á su mujer
y yo salgo á su defensa.

ESCENA XI.

LUIS, JUAN Y TERESA.

TERESA. ¡Luis!

LUIS. Con mi madre me ensaño,
aunque á mi amor no le cuadre;
y ofendo tanto á mi madre
que la defiende un extraño.

TERESA. ¿No sientes remordimiento?

JUAN. Aún lucha.

LUIS. Mi llanto corre.

TERESA. Llora, que tu culpa borre

un justo arrepentimiento.
LUIS. Madre, mi lucha no cesa
si no se aclara el enígma,
y se rechaza el estígma
que sobre nosotros pesa.
TERESA. Se aclarará.
JUAN. No, no puedo.
LUIS. Mi padre debe llegar
muy pronto, y se va á enterar...
JUAN. No llegará: tiene miedo.
LUIS. Si está en Cádiz.
JUAN. Pues no viene.
LUIS. Esta carta he recibido.
TERESA. ¿Qué dice?
LUIS. No la he leido.
TEBESA. Miremos lo que contiene.
(Coje la carta, y se la entrega á Juan.)
JUAN. (Leyendo.)
«Hijo; mi cariño quiso
abrazaros por sorpresa.
más, ya en España, me pesa
no tener vuestro permiso.
Quien olvidó ayer los lazos
del deber y del amor,
quizás no es hoy acreedor
á que le abrais vuestros brazos;
por eso aquí me detengo,
y á que falleis me resigno
si mi pesar me hace digno
de la dicha porque vengo.
¡Doce años en tierra extraña
labrando lo porvenir!
Doce años de no vivir
sino pensando en España,
son, hijo, una dura prueba,
de la cual nunca me quejo:
ya vengo viejo, muy viejo,
pero traigo un alma nueva.
Tened todos compasion
de las penas que me asaltan;

sin mi familia me faltan
pedazos del corazon.
Que ningun dolor taladre
á quien vuelve tan sumiso:
Luis, aquí aguardo el permiso
del hermano de tu madre.»

TERESA. ¡Ah! Te conmueve su ruego.

LUIS. (Repasando la carta.)
Dice que á mi tio pida...
Si yo no he visto en mi vida...

TERESA. ¡Qué has de ver tú, si estás ciego!

LUIS. ¡Qué rayo de luz!

TERESA. Ves claro
tu mal proceder?

LUIS. Me pesa,
pero...

JUAN. Cállate, Teresa.

TERESA. Ya puedo hablar sin reparo:
nuestra madre el desafío
supo con dolor profundo,
y quiere decir al mundo
que tú eres hermano mio.

LUIS. ¡Su hermano!

JUAN. Hijo de un engaño,
jamás humillé la frente
de mi madre; ante la gente
me hablaba como á un extraño
Mas yo, que la reverencio,
me desquitaba de aquella
ficcion, llorando con ella
y adorándola en silencio.
Siempre ha callado mi lábio
por no aumentar su agonía,
jamás una frase mia
ha contenido un agravio.
Si ahora estrañas que te arguya
compara aunque no te cuadre
como obré yo con mi madre,
como obras tú con la tuya.

TERESA. Así se guarda el respeto,

asi un buen hijo se inmola
JUAN. Solo una vez, una sola,
hice uso de este secreto.
Tu padre de varios modos
comprometió á su mujer....
TERESA. Y Juan se dió á conocer
para salvarnos á todos.
LUIS. Por mis acciones me aflijo,
mi voz ahóga la emocion:
perdon, por piedad, perdon
para el padre y para el hijo.
(Cae de rodillas.)
JUAN. Tu padre al fin ha purgado
su culpa en el aislamiento.
TERESA. La pena, el remordimiento,
borran todo su pasado.
LUIS. Yo prometo hacer despues
cuanto mi familia quiera.
EUGEN. ¡Suplicas de esa manera!
LUIS. Este es mi sitio, á sus piés.

ESCENA XII.

TERESA, JUAN, LUIS, DOLORES y luego EUGENIO.

DOLORES. (A Luis.)
Bien: arrepentido estas.
(A Teresa.)
Abrácele usted, así:
y guarde otro para mí
que no he dudado jamás.
LUIS. ¡Eugenio!
DOLORES. ¡Ah!
EUGEN. Si mi llegada
molesta, pronto termino:
traigo una nueva que opino
ha de ser bien escuchada.
Vista despacio la herida
de Vega....
LUIS. ¿Qué? ¿Tiene cura?

DOLORES. ¿Vive?
EUGEN. El médico asegura
que puede salvar su vida
TERESA. No muere; desecha ya
tu enorme remordimiento
JUAN. Y sírvate de escarmiento.
DOLORES. Pero mi abuelita está
esperando á la familia.
TERESA. Juan, vé delante.
LUIS. Sí; tio.
EUGEN. ¡Qué dice!
TERESA. Es hermano mio.
EUGEN. ¡Perdon!
LUIS. Todo se concilia.
DOLORES. Bien puede pedir perdon
quien á mi madre culpaba.
LUIS. La fé que antes me faltaba
ilumina el corazon
JUAN. Que nunca un mal pensamiento
ese corazon taladre
TERESA. Hijos *Honrar padre y madre*
dice el cuarto mandamiento.

FIN DE LA COMEDIA.